



Mar
7
Jun
2011

Evangelio del día

Séptima Semana de Pascua

“Ser testigo del Evangelio, que es la gracia de Dios”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 20, 17-27

En aquellos días, Pablo, desde Mileto, envió recado a Éfeso para que vinieran los presbíteros de la Iglesia. Cuando se presentaron, les dijo:

«Vosotros habéis comprobado cómo he procedido con vosotros todo el tiempo que he estado aquí, desde el primer día en que puse el pie en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de las pruebas que me sobrevinieron por las maquinaciones de los judíos; cómo no he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando en público y en privado, dando solemne testimonio tanto a judíos como a griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús.

Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu.

No sé lo que me pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios.

Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a ver mi rostro. Por eso testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos: pues no tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios».

Salmo

Sal 67, 10-11. 20-21 R/. Reyes de la tierra, cantad a Dios

Derramaste en tu heredad, oh, Dios, una lluvia copiosa,
aliviaste la tierra extenuada;
y tu rebaño habitó en la tierra
que tu bondad, oh, Dios,
preparó para los pobres. R/.

Bendito el Señor cada día,
Dios lleva nuestras cargas, es nuestra salvación.
Nuestro Dios es un Dios que salva,
el Señor Dios nos hace escapar de la muerte. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 17, 1-11a

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, dijo Jesús:

«Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti y, por el poder que tú le has dado sobre toda carne, dé la vida eterna a todos los que le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo.

Yo te he glorificado sobre la tierra, he llevado a cabo la obra que me encomendaste. Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese.

He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me has enviado.

Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos. Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y en ellos he sido glorificado. Ya no voy a estar en el mundo, pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti».

Reflexión del Evangelio de hoy

En la primera lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles vemos como Pablo dirige la palabra a los presbíteros, es decir, a las personas más ancianas de la comunidad de Éfeso. En estas palabras encontramos una justificación de Pablo y de todo lo que ha hecho. Y sobre todo lo que Pablo nos deja claro, es el único interés y motivo por el que se ha movido en su vida: cumplir el encargo que le hizo el Señor Jesús: ser testigo del Evangelio, que es la gracia de Dios. Pablo afirma con tenacidad: No me he reservado nada, he predicado siempre el Reino. Es aquí donde reside la fuerza de Pablo: en predicar. La fuente de donde brota la resistencia de Pablo es la predicación.

El Evangelio es el comienzo del capítulo 17 de Juan, un capítulo que entero se le conoce como la oración sacerdotal de Jesús. Jesús se dirige al Padre de una manera singular delante de los discípulos; y se dirige además siguiendo el modelo de oración de todos los sacerdotes del Antiguo Testamento. El sacerdote en el Antiguo Testamento es el mediador entre Dios y el pueblo, es decir, es el que habla a Dios en nombre del pueblo. Jesús, al igual que los grandes sacerdotes de Israel, se dirige a Dios en nombre, no propio, sino de sus discípulos para que Dios los proteja cuando Él ya no esté. Ya cercanos a la fiesta de Pentecostés comienza a vislumbrarse como Dios protegerá y guiará a su pueblo: por medio del Espíritu de Jesús. La efusión del Espíritu, Pentecostés, será el cumplimiento de esta oración.

Las lecturas de hoy podrían parecernos bastante sacerdotales olvidando a los fieles laicos. Desde el momento de nuestro bautismo, todos fuimos sellados a fuego como sacerdotes, reyes y profetas. Todos podemos encontrar la fuente de Vida, de nuestra vida, en la predicación; ¿cómo? Predicando... (profeta). Y todos podemos intentar "conmover a Dios" para que escuche nuestra oración en nombre de los otros y no propio. (sacerdote) ¡Cómo Dios no va a escuchar la oración de una madre que llora por sus hijos, de una madre que no sabe que es vivir para sí sino para sus hijos! ¡Cómo Dios no se va a conmover para recoger las lágrimas de un pueblo que llora en medio del sufrimiento! Esta es la oración que conmueve el corazón de Dios y hace que llore... y las lágrimas que caen de Dios son nuestra salvación.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)